

para limpiar el país de la herejía. Dispuso por la Pascua de 1573 que en su capital se volviera á administrar la comunión segun el rito romano. Esta prohibición de las prácticas acostumbradas esparció el terror en todo el territorio; los nobles y el cabildo se pusieron del lado del pueblo indignado, y príncipes protestantes exigieron del abad en otoño del mismo año, en términos muy precisos, la supresión de las innovaciones y el alejamiento de los jesuitas. Hasta se oyeron voces pidiendo la destitución del abad y la elección en su lugar de un príncipe del Palatinado; pero el emperador y el Papa apoyaron al abad, y el príncipe elector de Sajonia se apartó de la cuestión estando justamente ocupado entonces en limpiar su país del cripto-calvinismo por lo cual el abad pudo avanzar en el camino empezado. Introdujo, pues, la comunión segun el rito romano en todo su territorio; abolió el catecismo de Lutero; confiscó los libros luteranos; ordenó el uso exclusivo de la lengua latina como idioma de la Iglesia; quitó al clero sus mujeres y á los protestantes sus parroquias y empleos de la corte, y finalmente expulsó del país á todos los que no quisieron adoptar la religión católica y tomar parte en el culto romano. A esto agregó otros medios de conseguir la conversión de los recalcitrantes; prohibió la sepultura de protestantes en la iglesia parroquial; dió la licencia de casamiento y facilitó los préstamos de fondos de su Estado solo á aquellos individuos que habían confesado y comulgado con los jesuitas, y las mismas condiciones impuso á la admisión en los hospitales; y hasta la provision de leña y carbon que se daba á los herreros y cuberos se dió en adelante solo á los que comulgaban segun el rito romano. La ciudad de Fulda presentó sus quejas en primero de julio de 1576 particularmente respecto de los jesuitas, diciendo que éstos no cesaban día y noche en sus propósitos de privar á la ciudad de sus antiguos privilegios y derechos, de exterminar todo el vecindario y molestarlo hasta que se tuviese por dichoso en someterse á su yugo idólatra, lo que Dios no quisiera.

Los laureles de la paz de Fulda no dejaron tranquilo al arzobispo Daniel Brendel de Maguncia que en 1569 había ingresado en la liga de Landsberg. Sus dominios comprendían cierto número de territorios mayores, de los cuales el de Eichsfeld, rodeado de territorios seculares y enteramente protestantes, era el mas apartado del principal del electorado y arzobispado. En el mismo Eichsfeld predominaba decididamente la nueva religión por manera que en Heiligenstadt, la capital del territorio de Eichsfeld, apenas había una docena de familias adictas á la religión antigua, no habiendo quedado ninguna en otros lugares como en Duderstadt. Entonces se presentó en este territorio, en julio de 1574, aquel arzobispo acompañado de dos jesuitas, su confesor Luis Bacharell y el padre Tirteo, provincial de la provincia del Rhin, para establecer personalmente la restauración del catolicismo. Principió con la destitución de los predicadores protestantes y su sustitución por clérigos católicos, introduciendo desde luego también á los jesuitas; y cuando los habitantes de Eichsfeld se resistieron á tales innovaciones con resolución, el arzobispo apeló á las medidas de rigor. Los vecinos de Duderstadt que se resistieron á entregar su iglesia principal al culto católico fueron castigados en abril de 1576, prohibiendo el arzobispo á todos sus súbditos que consumieran cerveza de Duderstadt, que era la fuente principal de riqueza de aquel vecindario; y cuando esto no produjo el resultado apetecido, el prelado confiscó para sí todas las rentas y recursos que aquellos vecinos sacaban de los pueblos inmediatos. Los atribulados vecinos, viendo perdidos de esta manera todos sus medios de existencia, se sometieron. En 1575 se fundó en Heiligenstadt por los jesui-

tas un instituto de segunda enseñanza que sirvió de centro á su propaganda en el territorio de Eichsfeld, distinguiéndose por su persecución en extremo brutal de los protestantes un protestante convertido llamado Lippold de Stralendorf, tío del abad de Fulda, nombrado por el arzobispo gobernador de aquel territorio.

En 1576 llegaron los jesuitas á Hildesheim bajo la protección del nuevo obispo bávaro y con gran disgusto del mismo clero, produciéndose al año siguiente, á consecuencia de su presencia en aquella ciudad, un tumulto en el pueblo; pero ellos se quedaron y continuaron sus trabajos de zapa y de propaganda secreta. El joven obispo bávaro prefirió dejar este trabajo á los jesuitas, evitando hacerse personalmente odioso y conmoviendo su posición. Con este objeto se mostraba amigo del pueblo y soberano afable y bondadoso, mezclándose entre sus súbditos, tomando parte en sus festines y en sus tiros al blanco y dando premios costosos á los mejores tiradores.

Lo que se hizo entonces en el territorio de Fulda y en el de Eichsfeld, por efecto de la cooperación de los jesuitas, fué peor que el proceder del obispo Juan de Hoya en Munster, Osnabruck y Paderborn, porque fué la restauración brutal y feroz violando descaradamente lo pactado en 1555, prescindiendo completamente, tanto el abad de Fulda como el arzobispo de Maguncia, de la declaración del rey Fernando que garantizaba á los súbditos protestantes de los príncipes eclesiásticos el libre ejercicio de su religión. El abad Baltasar declaró á los habitantes de Fulda, contestando á sus quejas, que no se encontraba el apéndice de la declaración de la paz religiosa y que tal apéndice no había existido nunca por escrito, pero que aunque existieran diez originales, no tendrían ningún valor legal porque la paz religiosa no mencionaba ni con una sola palabra el apéndice, sino que decía muy al contrario que ninguna otra declaración tendría fuerza ni valor. Entonces apelaron los de Fulda á su derecho de reforma religiosa como ciudad dependiente enteramente del Imperio, y cuyo derecho alegaba también el duque de Baviera para sus trabajos de restauración católica. Este derecho dejaba á los súbditos que profesaran otra religión distinta de la protegida por el miembro directo del Imperio, la libertad de emigrar; pero los citados preladatos fanáticos cambiaban esta libertad de emigrar en expulsión forzosa.

Cualquiera habría creído que el pueblo así tratado se levantara como un solo hombre procurando que se respetara su derecho; pero ya hemos visto la suerte que tuvo la declaración en la elección de 1575 y en el parlamento de 1576. La excisión de los protestantes, el odio mortal que profesaba el luteranismo ortodoxo á todo lo que respiraba calvinismo, y la inclinación de la Sajonia electoral á la casa de Habsburgo, fueron causa de que no se reconociera la declaración. Fué el primer triunfo grande del partido católico en el terreno del derecho del Imperio el ocupar una de las posiciones que hasta entonces habían sostenido los protestantes y que abandonaron éstos al primer ataque serio. El reconocimiento de la restauración en aquel territorio eclesiástico era un precedente que autorizaba á emprender impunemente la obra restauradora en otros territorios; y habiéndose decidido en favor de los católicos uno de los puntos discutibles de la paz religiosa, podían atreverse á decidir también en su favor los demás puntos discutibles, como por ejemplo el de la reserva eclesiástica. Penetrado de la importancia de este gran triunfo, exclamó Erstenberger, alto funcionario de la cancillería imperial, en tono triunfante en el parlamento de 1576: «De aquí á diez años no se hablará mas de luteranos.»

La resistencia contra la política de restauración, que no supieron emprender de comun acuerdo los miembros protes-

tantes del Imperio, se manifestó en los diferentes territorios separadamente. En Baviera la nobleza, después de quebrantada la unanimidad de su oposición, continuó una resistencia pasiva, prefiriendo renunciar completamente á la comunión que tomarla segun el rito romano. Los habitantes de Eichsfeld se resistieron también á los esfuerzos que se hicieron para arrebatárselos su religión, y también los habitantes de Fulda supieron defenderse y librarse de su fanático abad, el cual, hallándose en el verano de 1576 en Hamelburg con

objeto de proseguir su campaña católica, fué sorprendido por su propia nobleza y obligado á dimitir. Esto, sin embargo, no mejoró nada, porque se apoderaron de la administración del territorio de Fulda comisarios imperiales que á pesar de todas las oposiciones y protestas de los habitantes continuaron los trabajos de restauración católica; y cuando un edicto del emperador Rodolfo al cabo de muchos años restableció al abad en su puesto, éste con el auxilio de sus jesuitas logró exterminar los últimos restos del partido protestante.



El arzobispo Enrique de Bremen

Un año después de comenzar la restauración en el territorio de Fulda, estalló con la muerte de Juan de Hoya una nueva lucha por los obispados vacantes en el círculo de Westfalia, y como hacia tiempo que se aguardaba su muerte, se habían preparado los partidos para arrojarlos á la lucha. Llegó el nuncio Gaspar Gropper con un breve del Papa que exhortaba á los suyos á destruir la obra del demonio, eligiendo un buen católico por sucesor del difunto obispo. Requesens, sucesor de Alba en los Países Bajos, apoyó á Antonio de Schauenburg, por el cual se presentó su padre, el conde Oton, mientras Erico de Calenberg, apoyado en sus servicios al rey de España, solicitaba el puesto vacante para su hijo ilegítimo Guillermo de Brunswick, señor de Lipsfeld. El partido contrario presentó por candidato al arzobispo Enrique de Bremen.

Solo en el obispado de Munster, el mas importante de los tres obispados vacantes, triunfó el partido hispano-ultramontano.

Juan de Hoya, para impedir que después de su muerte el cabildo entregara el obispado á manos protestantes, había decidido seguir el consejo de su amigo Canisio y poner el obispado bajo la influencia de una casa poderosa y de correctas tendencias religiosas y políticas, y nombró coadjutor á Guillermo de Cléveris, hijo menor del duque Guillermo, que había nacido en 1562, nombramiento que le aseguraba ta sucesión, pues desde algún tiempo se hallaba el obispado de Münster en cierta conexión con el ducado de Cléveris-Berg. Francisco de Waldeck, antes de su elevación á la silla episcopal, había sido administrador de Cléveris en Beineberg, y su sucesor Guillermo Ketteler, consejero municipal de Julech. También Bernardo de Raesfeld había sido elegido obispo de Münster, apoyado fuertemente por el gobierno y país de Cléveris. Todos estos obispos citados de Münster habían estado inspirados mas ó menos por la misma tendencia que el duque Guillermo de Julich-Cléveris, que, como hemos visto, pasó de tolerante á ser partidario decidi-

do de la nueva doctrina, y estuvo al parecer á punto de confesarla públicamente cuando el duque de Alba llegó á los Países Bajos y ejerció desde el primer momento gran presión sobre este soberano que poco antes había sufrido un ataque de apoplejía. El duque de Alba quiso ponerle bajo la tutela de España, porque no continuaba como en otro tiempo siendo buen católico, y hasta se dijo que quería apoderarse de su misma persona. Entre otras cosas exigió de él la extradición de los holandeses proscritos que se habían refugiado en su territorio, y viendo que el duque solo ordenó su expulsión, entraron á mediados de mayo fuerzas españolas en el territorio de Cléveris, y se apoderaron de un gran número de súbditos del duque para que Alba tuviera rehenes hasta verse obedecido en todo. El duque, sin embargo, no se intimidó; apoyó los preparativos del príncipe de Orange (1568), se declaró al año siguiente públicamente contra la misa y no accedió á la invitación de Baviera de entrar en la liga de Landsberg. También Alba le había excitado á entrar en la liga, obra tan útil en la cual dijo que por orden del rey Felipe debían entrar también los Países Bajos, añadiendo que haría con esto á S. M. el rey de España un gran servicio de amistad y de vecindad; pero, á pesar de todo esto, el duque le dió una contestación negativa después que sus estamentos se declararon también contra el ingreso en la liga, lo cual hizo decir al duque de Baviera que el de Cléveris tendría mas motivo de arrepentirse que de alegrarse de su contestación negativa.

Mientras la política del ducado de Julich se mantenía bajo la influencia de los estamentos en sentido contrario á España y Roma, el enfermizo regente se fué inclinando personalmente bajo la influencia de las personas que le rodeaban al partido hispano-católico; pues en otoño de 1567 consiguió el duque de Alba que nombrara un partidario de España para el cargo de intendente general, y desde la primavera del año siguiente mantuvo un embajador especial permanente en la corte de Julich, encargado de comunicar á Bruselas todo cuanto pasaba en aquella corte. Se formó una verdadera camarilla hispano-ultramontana en la corte de Julich, á cuya cabeza estaba Werner de Gymnich, amigo de infancia del duque Guillermo y ayo de los dos príncipes, que tenían la misma edad del duque soberano, y comulgaban separadamente del resto de la corte según el rito de la Iglesia antigua romana, porque sabían todos muy bien que el pueblo seguiría á su soberano, y que si éste y los dos príncipes jóvenes se decidiesen por la confesión de Augsburgo ó por la religión calvinista adoptaría la misma religión. Esto podría ser muy perjudicial á los católicos y á los habitantes de los Países Bajos; pero si al contrario se pudiese conservar la religión católica en los ducados, ninguno de los habitantes adoptaría otra religión. Werner manifestó en sus cartas su sorpresa de que nada se hiciera de parte de los católicos para mantener á este soberano en la religión antigua, mientras príncipes protestantes le instaban á introducir la doctrina nueva en sus dominios. Estas observaciones determinaron al duque Alberto de Baviera á apoyar á Werner de Gymnich, y entonces cambió el duque Guillermo tanto, que en el año 1570 comulgó según el rito católico antiguo, volvió á asistir á la misa, dió á sus hijos ayos católicos, y aconsejado por la camarilla hispano-romana, á la cual se agregó luego el nuncio del Papa, Gaspar Groppe, empezó en sus territorios la guerra contra la religión nueva. En vano trataron los príncipes protestantes de detenerle en esta corriente; el duque rechazó toda intervención extranjera, y el príncipe elector del Palatinado escribió en 20 de setiembre de 1571 que él no se cuidaba de lo que dispusiera el elector en su territorio en materia religiosa, y esperaba que también

se le dejaría la libertad de opinar en esto á su modo, máximo cuando no se apartaba de lo que era ya costumbre de sus mayores.

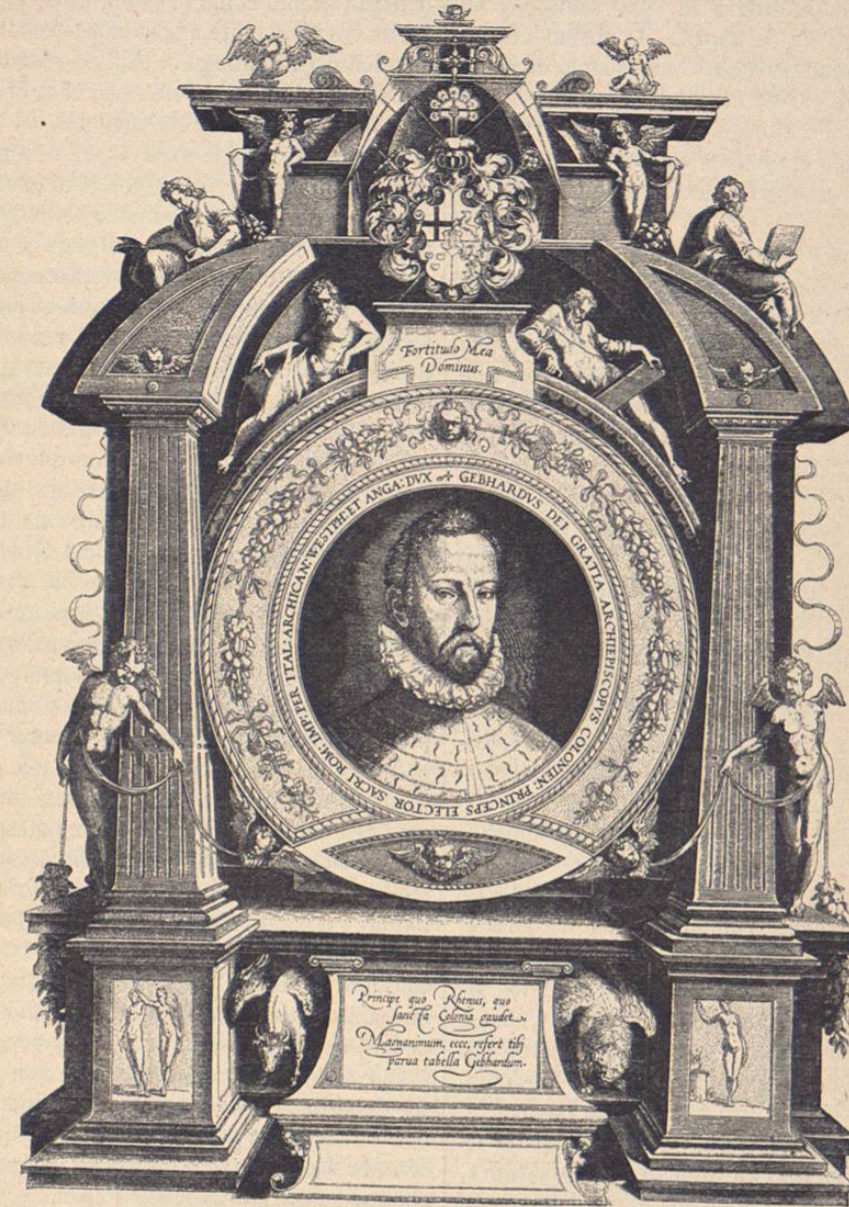
En sus trabajos de restauración religiosa chocó con la resistencia de la gran mayoría de la población y hasta del clero y autoridades locales, cuyas opiniones no habían cambiado como las de su soberano. Las primeras disposiciones reaccionarias fueron dirigidas contra los clérigos que continuaban procediendo en sentido protestante y á los cuales se impuso como condición para continuar en sus puestos la obligación de ordenarse por la Iglesia católica, con lo cual empezaron las expulsiones de predicadores y maestros. Después fueron sustituidos los funcionarios públicos en las ciudades y en el campo por partidarios decididos de la religión antigua; se prohibió la lectura de libros sospechosos, como biblias alemanas, salmos, catecismos y libros de devoción, y se comenzó la reorganización de los monasterios y conventos empleando un rigor siempre creciente. El alma de todo esto era Gropper, al cual el duque enfermo dejó hacer mas bien por debilidad y tolerancia que por celo propio. Hubo algunas conversiones sueltas, pero no fué posible desarraigar la creencia protestante de la gran masa de la población. Donde se pudieron destituir los predicadores protestantes y su culto público, se presentaron misioneros ambulantes, que predicaban á sus correligionarios en reuniones secretas la palabra de Dios y administraban los sacramentos según el rito protestante. En los parlamentos se presentaron protestas enérgicas contra las nuevas prácticas despóticas, y los estamentos pidieron, en cambio de su consentimiento á pagar los impuestos, mayor libertad religiosa; pero el duque, aconsejado é instado por Gropper, continuó en la senda emprendida, y poco á poco ganó terreno el partido romano, especialmente en las regiones de la corte y en las que dependían de ella; mientras se conservó en las ciudades como en el campo, á pesar de las dificultades y peligros, una fuerte oposición religiosa robustecida por gran número de protestantes procedentes de los Países Bajos.

A esta familia ducal reconquistada para la Iglesia católica pensó darle la sucesión en su obispado de Münster Juan de Hoya, con lo cual no hizo mas que satisfacer el deseo del duque Guillermo, que desde su cambio religioso no tenía mas pensamiento que impedir que un contrario á su política se hiciera dueño del poderoso estado vecino. El cabildo de Münster se mostró pronto á aceptar por coadjutor al hijo del duque Juan Guillermo, si bien con la condición del asentimiento previo del Papa. El duque solicitó la mediación de Alba cerca de Pío V, y Alba accedió muy solícito, recomendando al Papa que cumpliera el deseo del obispo y del duque y confirmara á Juan Guillermo como coadjutor del obispado. Recomendó también al candidato á su soberano, el cual contestó al punto, pero Alba no entregó su carta al duque hasta que éste le hubo dado nuevas pruebas de sus intenciones á favor de la política española y del Papa. A pesar de esto continuaron las negociaciones con la curia durante años, y estaban todavía por resolver cuando murió el obispo Juan, lo cual cambió la cuestión de coadjutoría en cuestión de la sucesión de la sede episcopal. El cabildo de la catedral eligió obispo (28 abril 1574) al candidato para la plaza de coadjutor, el príncipe Juan Guillermo, que entonces contaba trece años, dejándose guiar á dar este paso por la firme esperanza de que el obispado contaría con el fuerte apoyo de una poderosa soberana enfrente de las continuas amenazas de los partidos beligerantes en los Países Bajos vecinos. También contribuyó á esta decisión la consideración de que la corta edad del elegido permitiría á sus electores conservar el mando, á cuyo fin instituyeron (25 mayo) una lugartenen-

cia presidida por el canónigo Conrado Westerholt, que debía gobernar el obispado hasta la mayor edad de Juan Guillermo.

En los otros dos dominios eclesiásticos del difunto Juan de Hoya sufrió el ultramontanismo una derrota; porque si bien no fué elegido el candidato de los protestantes, que era el arzobispo Enrique de Bremen, tampoco lo fué en Pader-

born el obispo Ernesto á pesar de los esfuerzos redoblados de la Baviera, siendo nombrado un amigo del arzobispo de Bremen, el arzobispo Salentin de Colonia. En Osnabrück, donde se verificó la elección en 22 de junio, á pesar de ser católico-romana la mayoría del cabildo, resultó elegido el arzobispo Enrique, á favor del cual se habían empeñado el príncipe elector Augusto de Sajonia, su tío, el landgrave



Gebhardo Truchsess de Waldburgo, arzobispo de Colonia

Guillermo de Hesse y el arzobispo Salentin. Sin embargo, lo que mas le recomendó fué su persona y su excelente administración del arzobispado de Bremen. Para garantizarse los electores contra las tendencias protestantes de su elegido, reserváronse el derecho de anular la elección y proceder á otra nueva en caso de que no se condujera conforme á la religión católica, si se casara ó si no consiguiera la confirmación del Papa.

La cuestión de sucesión en el obispado de Münster continuó abierta á pesar de la elección del príncipe de Julich; pues antes de que hubiera pasado un año no habiendo llegado todavía la confirmación de su elección por la curia romana, murió en Roma (9 de febrero de 1575), después de una enfermedad de catorce días, su hermano mayor Carlos Federico, príncipe heredero de Julich-Cléveris. Con esto que-

do heredero presunto de los ducados Juan Guillermo; por manera que se hacia muy probable que el nuevo soberano de Julich renunciara á su nombramiento para la silla episcopal de Münster y de consiguiente era de prever una nueva elección.

Jamás había sido tan ardua la lucha por una silla episcopal como la que á la sazón se empeñó por la de Münster. Los dos grandes partidos, que agrupados el uno alrededor del rey de España y el otro alrededor del príncipe Guillermo de Orange, entonces regente y gobernador de Holanda y Zelanda, luchaban con mayor violencia que nunca en sañuda y sangrienta guerra en los Países Bajos, se encontraron también frente á frente en la lucha que se empeñó por una silla episcopal alemana. El partido hispano-romano presentó por candidato al príncipe bávaro Ernesto, que contaba á la

sazon 21 años, poseía ya dos obispados (Freising é Hildesheim) y había solicitado otros dos (Colonia y Paderborn). A su favor se empeñaban su padre, el duque de Cléveris y el rey de España. Requesens escribió á Munich que el duque Ernesto sería un vecino muy grato á los Países Bajos españoles; ofreció su auxilio tanto en Munster como en Cléveris, y apoyó la eleccion de Ernesto con muchas instancias, por ser del mayor interés para España, cerca del lugarteniente Westerholt, al cual se dirigió en igual sentido y en carta particular el mismo rey de España. Al mismo tiempo se empeñó á su favor Requesens en Roma, siendo el resultado que el Papa enviara (17 de marzo de 1576) un breve al cabildo de la catedral de Munster ordenando directamente la eleccion de Ernesto, «protector celoso de la religion católica y adversario y perseguidor decidido de la peste herética.»

Con la misma decision y energía deseaba el partido contrario ver elegido un obispo protestante para la silla de Munster. El landgrave Guillermo de Hesse dijo «que convenia tener cuidado de no elegir, como las ranas de Esopo, una cigüeña que engullera despues las ranas y los vecinos; que el ave mayor (aludiendo al duque de Baviera) se interesaba mucho por el obispado, y era de temer que si entraba en él tendrian que inclinarse delante de ella no solo los vecinos, sino hasta el mismo cabildo; que haria marchar al nuevo obispo y al cabildo segun su voluntad, tanto mas cuanto que tendria el apoyo y aprobacion del Papa, del emperador, de España y de Julich; sin contar que con la chusma jesuita oprimiria no solamente el obispado, sino tambien los países vecinos.» El conde Juan de Nassau, hermano del príncipe de Orange, opinó que sería fácil introducir la reforma cristiana ó cuando menos conservar la libertad en el obispado, pero que sería menester machacar el hierro mientras estuviese caliente. Este partido estaba en favor del obispo Enrique de Bremen y de Osnabruck, cuya eleccion deseaban tambien el arzobispo Salentin de Colonia y muchos otros príncipes alemanes protestantes.

Hasta en el seno del mismo cabildo habia dos partidos de los cuales el de los mas jóvenes, capitaneado por Westerholt, estaba decidido á dar sus diez y siete votos al arzobispo de Bremen, mientras el otro partido, compuesto de los de mas edad y acaudillado por Godofredo de Raesfeld, canónigo de la catedral de Paderborn y dean de la de Munster, hombre fanático de opiniones católico-hispano-ultramontanas, deseaba entregar el obispado á la casa de Baviera.

La lucha fué, pues, en definitiva entre dos candidatos jóvenes. El uno era el arzobispo de Bremen y de Osnabruck, joven de veintiseis años, unido por lazos de parentesco con familias soberanas protestantes poderosas, como las de Suecia, Dinamarca y el electorado de Sajonia, regente sério y previsor en sus territorios que prosperaban bajo su gobierno, y cuyos méritos eran apreciados no solamente fuera de su país, sino tambien por sus mismos adversarios, pues los ultramontanos le reconocian como amigo de las ciencias y persona cortés y amable. El otro candidato era Ernesto de Baviera, obispo de Freising é Hildesheim, nacido y educado en una corte ultramontana, que habia visto en su primera infancia la conversion forzosa de los súbditos protestantes de su padre y cuya educacion habian dirigido los jesuitas, hombre obstinado, apasionado de su libertad individual, en extremo sensual y dado á excesos de todas clases, incluso el juego y el derroche. Es verdad que unia á su carácter apasionado el arrepentimiento que á veces le asaltaba; pero este y los buenos propósitos no eran muy duraderos; de suerte que oscilaba continuamente entre el cumplimiento de los deberes de sus cargos eclesiásticos y las excitaciones y tentaciones de

su calidad de príncipe. Era tambien iracundo, dado á tomar resoluciones por la primera impresion, y obstinado en su ejecucion. En una palabra, faltaba á su carácter firmeza reposada; pero á pesar de todos sus defectos y debilidades continuó firme y fiel á sus ideas religiosas, que eran las de un ultramontano completamente romanizado é italianizado.

No habia medio de proceder á una nueva eleccion de obispo mientras el duque Juan Guillermo no renunciase; pero tan pronto como la camarilla de la corte de Julich creyó las cosas bastante adelantadas para la eleccion del príncipe bávaro, se entregó al cabildo reunido de Munster la renuncia del duque de Julich, la cual fué tambien declarada solemnemente por los embajadores. El cabildo procedió inmediatamente (23 febrero 1577) á la eleccion nueva; pero como Conrado de Westerholt empezara dando su voto al arzobispo de Bremen, haciendo así indudable la eleccion en favor de este último, el dean Raesfeld, que presidia el cabildo, suspendió el acto. Contra esta suspension protestaron los diez y siete miembros mas jóvenes; pero los demás devolvieron al embajador de Julich la renuncia y en 7 de marzo declaró Juan Guillermo ante el notario que la retiraba. A instancias del gobierno de Julich y del de Baviera ordenó el emperador al cabildo que evitara toda division y que eligiera unánimemente á una persona que tuviera seguridad de ser confirmada por el Papa y de recibir del emperador las regalias del obispado como miembro del Imperio. Esto era lo mismo que ordenar la eleccion del príncipe de Baviera.

Estaba todavía pendiente la cuestion de Munster, cuando la situacion en Colonia exigió una nueva decision.

El príncipe elector Salentin, hombre ante todo guerrero, terco, grosero, ruidoso, con bromas de cuerpo de guardia, que preferia presentarse armado á ostentar el lujoso traje adornado de las insignias episcopales, que imponia á su servidumbre la obligacion de presentarse tambien militarmente, gran aficionado al vino y á las mujeres, pero tambien á las artes y ciencias, se habia mostrado desde un principio (como tambien su amigo el arzobispo de Bremen) muy poco dispuesto á cumplir su capitulacion, y no pensó ni en ordenarse sacerdote, ni en solicitar de Roma la confirmacion de su eleccion; ni estaba mas inclinado que los demás obispos alemanes á jurar observancia al Concilio Tridentino. Por lo demás, no quiso sacrificar á su dignidad eclesiástica su posicion civil como conde reinante; dejó el cumplimiento de sus deberes clericales á un lugarteniente; no ocultó su propósito de casarse para tener sucesion directa, por lo cual no pensaba hacerse ungr obispo ni gastar un solo florin para obtener su confirmacion del Papa.

No hay, pues, que admirarse de que entre él y el papa Pio V, hombre rígido é inflexible, hubiera luego serias divergencias. El sucesor de Pio V, Gregorio XIII, hombre mas flexible y astuto, confirmó al arzobispo en diciembre de 1573 á consecuencia de un compromiso por el cual el nuevo Papa le dispensó de la ordenacion en cambio del juramento sobre la confesion tridentina, sin que por esto entrara el arzobispo en la corriente ultramontana.

Siendo conocido desde largo tiempo el propósito del arzobispo de dimitir algun dia su cargo para casarse, la cuestion de su sucesion en las dos sillas eclesiásticas ocupó durante su reinado á los dos partidos religiosos, el católico y el protestante, y la lucha se hizo particularmente violenta respecto de la sucesion de la silla arzobispal de Colonia.

Ya hemos dicho que durante el gobierno del arzobispo Federico de Wied el duque de Baviera habia puesto sus miras ambiciosas en el arzobispado de Colonia. Despues del cambio de gobierno en este arzobispado (en 1567) tuvo el

duque ocasion de dar un paso mas, porque cuando en 1569 el arzobispo Salentin tuvo sus divergencias con el papa Pio V, y se trataba en Roma de destituirle, el cardenal obispo Oton de Truchsess, que á la sazón se hallaba en Roma, propuso al Papa que elevara á la silla episcopal de Colonia al príncipe Ernesto de Baviera, entonces administrador del obispado de Freising; pero los principios rígidos del Papa le prohibieron aceptar esta proposicion, ya por la edad de Ernesto, ya porque este príncipe tenia otra Iglesia á su cargo. El duque de Alba, menos rígido, propuso la idea á su soberano, que la hizo suya, y Alba consiguió que el Papa renunciara á sus escrúpulos. Al mismo tiempo tranquilizó á Salentin, que estaba indignado porque en vida suya se trabajara para sustituirlo por el príncipe bávaro, y no solamente le tranquilizó, sino que aun le inclinó en favor de Ernesto en verano de 1570. En efecto, el mismo arzobispo Salentin hizo que el príncipe Ernesto se trasladara en otoño de aquel mismo año por algun tiempo á Colonia para conseguir allí un puesto en el cabildo, á fin de adquirir con esto la capacidad de ser elegido. Sin embargo, el cabildo de aquella catedral no se halló dispuesto á elegir superior suyo, cuando llegara el caso, á un miembro de una familia tan poderosa como la de Baviera, y el príncipe tuvo que retirarse de Colonia á principios de mayo del año siguiente sin haber conseguido nada. Entonces quedó este asunto por lo pronto relegado al olvido; y cuando el arzobispo Salentin aceptó la eleccion de Paderborn, no se habló ya de su dimision. Al cabo de poco tiempo el mismo Salentin hizo alguna observacion tocante á su propósito de dimitir y á su deseo de ver nombrado sucesor suyo en la silla arzobispal de Colonia al duque Ernesto en la suposicion de que éste renunciara á sus pretensiones á la silla de Munster en favor del arzobispo de Bremen, al cual Salentin al parecer queria proporcionar la sucesion en la otra silla episcopal suya. De esta manera creyó que al convertirse en conde reinante de Isenburg se aseguraria el favor de dos príncipes poderosos que le deberian sus altas posiciones eclesiásticas. El duque Alberto de Baviera, que estaba por supuesto conforme con el plan de Salentin, por lo que se referia á la sucesion en la silla de Colonia, no pensó por esto renunciar á colocar á su hijo en la silla de Munster; y el tío de Ernesto, el duque Guillermo de Julich, se interesó tambien por la sucesion de su sobrino en la silla de Colonia. El papa Gregorio estaba por su parte tan conforme con todo el plan, que hasta permitió al arzobispo Salentin que tomara por coadjutor suyo al príncipe bávaro aun contra la voluntad del cabildo. Las esperanzas de Ernesto eran, pues, entonces, en la primavera de 1576, muy favorables, y uno de los canónigos de Colonia dijo á sus colegas que era hora de despertarse si no querian que el obispo de Freising se llevara la novia. El arzobispo dijo á algunos canónigos que el Papa y el emperador no querian confiar al cabildo la eleccion de su sucesor por la divergencia religiosa que en él reinaba; que por lo mismo le habian mandado aceptar por coadjutor y sucesor al administrador de Freising, y que él de consiguiente no dimitiria hasta dejar arreglada la sucesion. Esto puso al cabildo en grande agitacion, creyendo no deber tolerar la privacion de su derecho electoral, ni que Roma dispusiera de un electorado alemán, cosa inaudita. Amenazó, pues, al arzobispo que en el caso de que insistiera en el nombramiento del príncipe bávaro para coadjutor presentaria á los estamentos una lista de los casos en que el arzobispo habia faltado á los 42 artículos de su capitulacion electoral.

En vista de esta actitud enérgica del cabildo la eleccion del príncipe bávaro parecia fracasada. El duque Alberto solicitó á favor de su hijo los votos de los miembros del cabildo, y con gran trabajo logró á mediados de mayo

de 1577 conseguir una canongía en la catedral de Colonia, con lo cual el príncipe quedó elegible; pero siempre faltaba lo principal, que era ganar á su favor los votos de los miembros del cabildo, tanto protestantes como católicos, que no estaban dispuestos de ningun modo á facilitar á la Baviera el camino de su supremacía en Alemania, ni tampoco á consentir que se extendiera á la Alemania el proceder de España en los Países Bajos, proceder representado en Alemania por la Baviera. Por esta razon todo el cabildo se puso de acuerdo para no permitir que un príncipe bávaro llegara á ser elector de Colonia.

Entre los demás candidatos era para Ernesto el mas peligroso Gebhardo Truchsess, baron de Waldburg, sobrino del fanático ultramontano cardenal obispo de Augsburgo, pero amigo del arzobispo de Bremen. Nacido Truchsess en noviembre de 1547, canónigo desde 1561 y capitular de la catedral de Colonia desde 1568, habia tomado personalmente posesion de esta última dignidad en setiembre de 1570; pero desde entonces habia estado raras veces en Colonia, ni se habia cuidado de los asuntos de este arzobispado, ni menos habia tomado parte en las continuas y violentas disputas entre el arzobispo y el cabildo. Destinado desde su infancia al estado eclesiástico y educado con esta intencion, vivió tan poco eclesiásticamente como los demás canónigos nobles de entonces, lo cual no fué obstáculo para que andando el tiempo reuniera todavía mas prebendas eclesiásticas, siendo nombrado por el cabildo de Estrasburgo en 1574 dean de aquella catedral, y dos años despues por el Papa preboste de la catedral de Augsburgo, donde poseía ya hacia quince años una canongía. En verano de 1577 volvió á residir por algun tiempo en Colonia, donde se agregó á la mayoría del cabildo sin mostrarse hostil al arzobispo, y hasta dió su voto á favor de la admision del príncipe bávaro.

Cuando se divulgó la voz de que el arzobispo Salentin iba á efectuar su intencion de dimitir, apenas se oyó el nombre de Gebhardo entre los diversos pretendientes á aquella silla episcopal; pero á medida que se pensó en él, se vió que muchas circunstancias recomendaban su persona, siendo una de las principales que estaba en contacto con ambos partidos religiosos y que como persona circunspecta y hábil era generalmente apreciado. A los canónigos sacerdotes gustó que su familia fuese católica y que él no mostrase tendencias á renegar del catolicismo; á los canónigos capitulares nobles agradaba que su familia no poseyera grandes bienes y que por lo mismo no pudiera hacerse temible su poder; y los miembros capitulares que se inclinaban al protestantismo, no pudiendo pensar en colocar á uno de los suyos en la silla episcopal, encontraron mucho mas aceptable á un simple varon que al hijo del mas poderoso príncipe católico-romano del Imperio. El consejo municipal de Colonia y los estamentos del electorado no ocultaron que les gustaria mas tener á Gebhardo Truchsess á la cabeza del arzobispado que al duque Ernesto; á lo cual se agregó que el primero estaba en excelentes relaciones con el elector arzobispo y que su familia se hallaba bajo diferentes conceptos relacionada con la casa imperial, pues que la familia de los Truchsess de Waldburg formaba parte de la nobleza feudal del Austria occidental. Uno de los hermanos menores del candidato era presidente del tribunal imperial, y otro estaba al servicio del archiduque Fernando.

El 5 de setiembre de 1577 dimitió Salentin el gobierno del obispado del Paderbon, y ocho dias despues declaró solemnemente en Colonia, ante el cabildo reunido y en presencia de dos comisarios imperiales, que hacia dimision de este arzobispado. Por la tarde del mismo dia salió de la ciudad y se retiró á uno de sus castillos de Isenburg, desde el cual